

Rabelais: una fe y un estilo

Luis Jaime Cisneros

Pontificia Universidad Católica del Perú

A José Luis Rivarola

Rabelais* no es autor de fácil lectura: es como un cable de alta tensión. Exige todos los sentidos alertas. También Quevedo, Góngora y Gracián no se dejan leer despreocupadamente. Pero todavía se leen; después de todo cada uno de ellos es un testimonio duradero de que el hombre es un creador de lenguaje. Y en el umbral de esta conversación tropezamos en rotunda prueba de que el lenguaje de Rabelais es vida, vibración del cuerpo, de la voz y del entendimiento, del hombre total que nos habita dentro.

Il était très beau, grand et fort, aisé en son port avant l'obésité de sa vieillesse, avec de beaux grands yeux rieurs, un front magnifique, des mâchoires puissantes sous le manteau flottant de la longue barbe. Il parlait bien, discutait avec verve et répandait à flot les trésors d'une mémoire miraculeuse. Il sut, à bien peu près. tout ce qu'on savait de son temps, l'hébreu, le grec, le latin, l'allemand, l'anglais, l'italien, le droit, la médecine, l'astronomie, l'histoire naturelle, le tout très bien, ayant lu tous les anciens et tous les modernes, et sur certains points ayant fait des recherches personnelles, herborisant, visitant les collections, parcourant les fabriques, disséquant, avec Vésale, et interrogeant tout le monde. La science affluait en lui, et débordait, sans l'étonner, ni sans qu'il en eût aucune fatigue (E. Faguet, 81).

* Los textos de Rabelais están tomados de la edición de Seuil, 1963.

Con este retrato Emil Faguet, más de un siglo atrás, proponía a Rabelais como un testigo prodigioso del siglo XVI. Médico como era, protomédico tal vez como nuestro andaluz Cavedes, su prosa era el unguento que servía para curar los asombros del cuerpo cuando la desgracia lo llenaba de escozor. Reír ya había sido buen consejo hipocrático para curar el alma, a fin de que pudiera sentirse cómoda en los estrechos márgenes corporales. La gente que se mueve corporalmente dañada lo hace cargada de tristeza, de donde la sonrisa es modo seguro de aquilatar al hombre frente a la desgracia del prurito, el ardor, la quemazón, el dolor concreto del hueso o de la médula. ¡Ah, no hay sino que abrir el libro y tomar cuidadosamente el peso al contenido! El propio autor nos lo advierte sin rodeos:

C'est alors que vous vous rendez compte que l'ingrédient qui s'y trouve contenu vaut bien mieuz que ne le promettait la boîte: C'est à dire que les matières traitées ici ne sont pas aussi frivoles que le titre le laissait prévoir au dessus (*Premier livre, Prologue*).

No necesitó (y nos desafía a creerlo) latines ni graves modelos griegos. Ni Homero, ni Ovidio, ni Heráclito, ni Plutarco. Sólo buena comida y buen vino. Era de alguna manera un goliardo escapado de la Edad Media. Y no hay irreverencia en esa confesión:

Car, pour composer ce livre seigneurial, je n'ai jamais perdu ni passé d'autre temps que celui consacré à me refaire, c'est à dire à boire et à manger.

Por qué extrañarnos, si cosas muy parecidas había dicho pocos años antes en buen español Juan Ruiz, Arcipreste de Hita: lo importante es inquirir. Lo urgente es preguntar. Si pregunto, soy. Si pregunto, existo. Qué importa que Descartes no tenga carta de naturaleza todavía, pero la inteligencia, el cuerpo, el alma, ya están listos para asistir a sus meditaciones próximas. No oculta Rabelais ese gusto 'refinadamente humanista' por el vino. ¿Y qué? ¿Acaso es deshonesto? Ennio y Horacio no lo despreciaron. Ah, no: Rabelais no es hombre que se amilane frente a sensaciones tan impertinentes como insulas:

C'est pur moi un honneur et une gloire que d'avoir une réputation de bon vivant et de joyeux compagnon; à ce titre je suis le bienvenu dans toutes les bonnes sociétés de Pantagruelistes (*ibid*).

Y es que el vino aviva el seso y aclara la mente. Los latinos le han enseñado que lo importante es llegarse al meollo de las cosas. ¿No hemos acaso observado la diligente pasión con que el perro va desmenuzando el hueso (que parece ser lo concreto) hasta ir sigilosamente succionando la sustancia verdadera, el meollo, donde está la verdad de lo nutritivo? Desde las páginas iniciales –como en todo prólogo renacentista– nos ofrece Rabelais los secretos a que debemos acudir si queremos ‘entender’ su mensaje. No la cáscara, no la superficie. Estamos en la hora de la gran discusión: el sentido literal que luce en la superficie suele ocultar el sentido profundo. Si el libro invita a la sonrisa, pues sonriamos; pero vale más averiguar qué hay ahí de trascendente. No interesa lo que los ojos pueden leer en la superficie sino lo que la inteligencia y el hombre pueden comprender en las profundidades: él mismo se adelanta a anunciarnos cuál será el premio:

vous y trouverez un goût plus subtil et une philosophie cachée qui vous révélera de tres hautes arcanes et d'horrifiques mystères.

Cuando miramos a Rabelais como un hombre del Renacimiento, estamos atendiendo ciertamente a su pensamiento y al lenguaje, a lo que sabe él mismo sobre el cuerpo y sobre la ciencia. Un hombre universal. Si lo postulamos como signo de lo descomunal, estamos hablando del mundo desmesurado en que se mueven esos gigantes que inventó para que hayamos podido continuar celebrando los quinientos años de su nacimiento. Cuántos nombres de contemporáneos suyos duermen un largo y merecido olvido en los mismos folios de los registros donde se consigna esta fecha, y cuánto han realizado Gargantua y Pantagruel para asegurarnos en la memoria y en la sonrisa la vigencia concreta de este hombre que hizo de la burla un medio de contacto obligado con el hombre y que, desde esa perspectiva, desafió un día a la memoria y a la razón y nos convocó a usar un lenguaje serio y erudito para festejar esta venerable edad del siglo XXI. Y ésta es la primera gran sorpresa que nos propone una paradoja inicial.

La sola lectura de su obra –librada al eco que nos deja en los oídos y a los impulsos a que nos convoca– revela espontáneamente el duro trabajo de estilo que ha dado origen a tan extenso discurso rabelésiano. Cautivados de entrada (o tal vez desorientados) por el

contenido, desatendemos al trabajo de orfebre a cuya destreza ha estado confiada trama tan elaborada. Y no se trata de que Rabelais inventase una lengua ajena a la tradición, sino que se introduce en la historia misma del sistema lingüístico francés y lo renueva, *desde y en* sus propias raíces. Pero, ¿en qué consiste esta renovación? No en negarlo, no en mentirlo, no en sentirse deshonrado por él, sino en revivirlo y devolverle energía, lozanía y claridad. Ahí está entero en el lenguaje de Rabelais todo Racine con sus vivas resonancias, que tal vez podrían sonar ásperamente a los oídos acostumbrados a la pulcritud (lo que algunos se atrevieron a llamar una 'lengua femenina'). Pero ahí están también el calor y la tosquedad recogidos por Rabelais de labios de los desaprensivos transeúntes y los toscos cargadores; y están las malhadadas voces tantas veces oídas en boca de los enfermos del hospital donde los dedos tocan la llaga y los labios saben que la orina y la pus suelen tener agrio sabor. Los que defendían la vigencia de la lengua materna deben saber (como algún día llegó a escribir Claude Dunetin) que la lengua ofrecida por el genio de Rabelais era y sería en adelante la lengua padre.

II

Ah, qué frescor, qué real rejuvenecimiento de la historia, qué posibilidad cierta de trabajar, de compartir la misma lengua de quienes trabajaron, compusieron y leyeron en el pasado *Le roman de Renart*. Qué alegría confirmar que la lengua francesa ofreciese testimonio tan evidente de que era pasible de rejuvenecimiento. Qué satisfacción descubrir (redescubrir y reinventar) que la fantasía y la imagen y la oralidad eran tan importantes como la gramática y las sílabas. Y cómo era verdad que los griegos seguían siendo guía segura para la reflexión y la creación. Y qué satisfacción comprobar, al mismo tiempo, que ahora mismo, en nuestro inmenso mundo hispánico, el de Cortázar y Lezama Lima, el de Borges y Carpentier, el de Sardou y Benedetti, el idioma (todo idioma) se ensancha con sólo regresar a hurgar en sus propias fuentes, sin tener que acogernos a la necesidad de llamar a la 'miga de pan' un "módulo de producto panificado" y sin vernos obligados a recurrir a la torpe clasificación de "asentamientos humanos" a lo que hasta hace poco fueron "los pueblos jóvenes", para evitar el viejo nombre de "barriadas", o "villa miseria"

o “favelas” que no encubrían lo que estos otros pretendidos modernismos sólo han ayudado a eufemizar una realidad aun irresuelta. Y eso es lo que hace a Rabelais nuestro contemporáneo en materia de lenguaje. Y lo que, al mismo tiempo, nos lo muestra como un hombre de su época. Los lectores que conocen *Il Morgante* de Pulci comprenderán sin duda el amoroso interés rabelesiano por los catálogos verbales, cada vez que debe poner mote a sus caballeros. Ahí reconocemos al artífice, al taumaturgo mezclando voces auténticas derivadas del latín (voces históricas) con otras cuyo posible entroncamiento con la lengua de Roma queda librado solamente a la imaginación de quien —para inventarlos y asegurarles carta de naturaleza en la lengua francesa— únicamente confiaba en la intuición y en el hechizo de la etimología popular. Pero era actuar con la misma eficacia que lograban los célebres versos con que, en Roncesvalles, se daba orden de morir: no “*crai o poscrai, o poscrilla o posquacchera*”: pues en esa “serie de sonidos gorgoteantes, guturales, las voces *crai* y *poscrai* son auténticos reflejos italianos del latín *cras* y *postcras*, en cambio *poscrilla* y *posquacchera* son términos creados por la fantasía popular” y recogidos por Pulci, para recrear no solamente su texto sino para prolongar la gloria de la lengua italiana (Spitzer, 46). Rabelais, como Pulci, como los claros hombres de su tiempo, tuvieron felizmente una plena conciencia de la autonomía del mundo léxico. No estaban sujetos a la estrecha mezquindad que el diccionario depara a la palabra; sabían que la imaginación, la inteligencia, la viva fuerza del lenguaje, aseguraba límites más allá del horizonte.

III

Y es que no se trata de afirmar que Rabelais fuera un manipulador del lenguaje. No era un misántropo que atesoraba para sí voces exóticas y audaces juegos de sintaxis para solaz de su conjetural melancolía, sino que era un artista consciente de que los ejercicios que arriesgaba enriquecían la hermosa herencia lingüística recibida y estimulaban la imaginación de sus contemporáneos obligándolos a vivir la sorpresa lingüística, a frecuentar el trabajo provechoso de la fantasía verbal; convocándolos a la meditación serena y oportuna en algunos momentos, como si tuviera la intuición de que en el horizonte iba a aparecer muy pronto el gran impulso cartesiano. Estaba

en espera de que alguien lo dijese con otra voz distinta, pero él estaba en la certeza de que podía arriesgar *Sum ergo fabulo*.

Pero no busca el caos, como se aventuraron a creer apresuradamente muchos de sus contemporáneos. Verdad es que lo confirmaremos pródigo en sinónimos, pero es que dentro del caos pretende crear el orden y la claridad. Es un hombre que siente “la riqueza natural de su lengua y respeta el orden de las cosas, como buen renacentista; por eso al desordenarlas en este nuevo mundo que va creando procura irlas agrupando según las relaciones que las vinculan”. Es un hombre polifacético. Hoy nos cuesta mucho comprender a un humanista de aquella época. Era hombre asediado constantemente por una fabulosa información cultural: en materia de lenguas cambia correspondencia en español e italiano, en alemán, en árabe y hebreo. No es unilingüe, y tal vez por eso los modelos de la antigüedad lo van forzando a ampliar sus horizontes y a descubrir que, además de todo lo leído (que era el pasado que lo respaldaba y en que se apoyaba su intuición y su saber remoto), estaba viviendo en una hora particular entre hombres concretos y en circunstancias específicas, ajenas a ese mundo leído (que ahora le parecía tal vez irreal e incongruente), y tan esmeradamente matizadas de sentimientos realistas como eran los que se derivaban de una auténtica miseria y un evidente deterioro moral. Cómo no iba a sentir este golpe en lo más hondo, si se había formado como médico en el hábito del dolor de los cuerpos y estaba preparado para dar vivo testimonio del grave sufrimiento de las almas, tocadas por la enfermedad tosca del cuerpo vulnerable. Si este mundo suyo era distinto del vivido en los libros, debía sentir la urgencia de reclamar una lengua capaz de traducir esos dolores y esas esperanzas de la gente. Y era médico desde 1537, y antes que Vesalio se había arriesgado a diseccionar el cuerpo en procura de la secreta verdad.

El triunfo del delirio lingüístico está ciertamente en su *Tiers livre*. Leerlo es asistir a la expresión cumbre de la destreza estilística, donde la mezcla de sátira y de erudición aseguran eso que la crítica ha dado en llamar el tono báquico del discurso rabelesiano. Aquí está triunfante el taumaturgo del lenguaje, y asistimos asombrados a esta terca operación de formación de palabras, que documenta en Rabelais “una actitud intermedia entre la realidad y la irrealdad, con sus sobresaltos de horror y de cómica serenidad.” Y por eso nos parecen inadecuados los juicios de Lansen al postular el realismo de

Rabelais, puesto que todo en su obra postula un mundo paradójico e irreal. Y hay que vincular esas excentricidades con el movimiento humanista y con la creencia en la autonomía de la palabra que lo alimentaba y sostenía. Por eso cuando los textos críticos mencionan a Rabelais incurren en largos capítulos sobre el lenguaje.

Ciertamente, no podemos esperar en Rabelais finezas lingüísticas ni actitudes corteses: no las hallará quien pretenda buscarlas para una tesis doctoral. Es un hombre tosco, que perdió el pudor del lenguaje ya en el internado durante las cenas. Es hombre tosco de gestos, de voces agrias y juegos de palabras escabrosos a veces, grosero a ratos, taumaturgo de la palabra hecha calembour. Lo burlesco verbal, la pura burla hecha sonido exótico y el significado atrabiliario son instrumentos legítimos que en él insinúan campos semánticos desconocidos que van abriendo cauce, confiados a la espontánea asociación de tanto oído analfabeto, que era su objetivo deliberado, para rechazar el atento oído inteligente y escolarmente preparado. Frente a quienes escribían para las minorías, he aquí que Rabelais parecía estar dispuesto a buscar el oído de quienes en verdad no estaban aptos para escucharlo con la inteligencia, pero sí con la piel, con la sangre y el corazón rabioso. A él no le interesaba prestar atención a las cosas serias, y se encargó de precisar que el 'pantagruelismo' era en verdad

une certaine gaité d'esprit
confite en mépris des choses fortuites

Y ya es hora de preguntarnos por qué ríe e invita a la risa este hombre a quien los programas universitarios suelen dedicar poca atención. ¿Por qué esa risa constante? ¿Vamos a creer en la arriesgada interpretación de la lucha de clases planteada por Bakhtine? ¿O será preferible acoger la meritoria tesis de Michael Screech, que pide leerlo desde una perspectiva en que lo filosófico, lo teológico y lo jurídico nos permitan llegar a admitir que la sonrisa cumple una función terapéutica (muy de la época, por otra parte). Y es claro que la tesis resulta en parte atractiva porque nos facilita leer la obra vinculándola con las tesis evangelistas de la época, sobre todo con la mordaz ironía de Erasmo. Y en verdad, si leemos en *Le quart livre* (ch. 43) todo lo que hay ahí de rechazo y de censura sobre lo populachero y vulgar se afina la risa y se abre espacio a una obsesiva escatología.

BIBLIOGRAFÍA

Faguet, Emile

1894 *Seizième siècle*. París: Oudin.

Spitzer, Leo

1955 *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos.